

XVII.

La esmeralda.

El resultado de sus investigaciones en el infierno de White-Chapel había dejado profundamente desanimado á Placial. Mas el domador no era hombre de los que desmayan por un infructuoso resultado. Sabía el camino del Campo de la Puerta Azul, y podía, por lo tanto, dirigirse, sin recurrir á los agentes del coronel Henderson, á aquellas siniestras calles que se llaman *Flauerand Dern street*, *George Yard*, *Went-worth street*, *Brick lane*, y son como las madrigueras de la antigua Cité parisién, la calle de las Coles, la de San Elías, aunque puede decirse que están más encanalladas. Placial se dirigió allí solo, como acostumbraba á entrar en la jaula de sus tigres. Tenía que volver á empezar sus investigaciones, y no quería dejar transcurrir mucho tiempo sin llegar á obtener un resultado satisfactorio.

—Y bien (le había dicho Katchar): ¿habéis hallado lo que buscabais, maestro?

—No; pero agotaré mi energía y todo mi ingenio para conseguirlo ahora.

—Y hoy, ¿olvidaréis á Katchar?—replicó el indio.

—No, hoy me acompañarás (respondió el domador). Tú y yo, Katchar, hemos de arrancar á la que lleva mi nombre de la miseria que la rodea.

—¿Á vuestra hija?—dijo Katchar.

Placial frunció las cejas, y no respondió á la pregunta del indio.

Por la noche fué lord Harrisson al barracón en que estaba la colección de Estradère. Más de una vez el domador, obediente á las caprichosas extravagancias del acaudalado lord, había entrado en la jaula de sus fieras. Cada vez que esto sucedía, el inglés intentaba pagarle la suma convenida.

—No (decía el domador). Más tarde. Me debéis diez mil francos, y á eso hay que añadir cien francos por cada vez que he entrado en las jaulas de *Tiberio* ó de *Nerón*.

—¡Je! ¡Je! Es verdad, es verdad (respondía lord Harrisson, con su risa gutural). Mas ¿si os destrozan las fieras? ¡Je! ¡Je!

—El que no se arriesga, no pasa la mar.

Y Placial continuaba sus representaciones, dispuesto á jugar su vida al menor gesto de lord Harrisson.

Aquella tarde, el domador explicaba á los espectadores ciertas curiosidades de caza, que interesaban profundamente al público.

—He aquí, por ejemplo (decía), cómo se apodera uno de estas serpientes, cuyas mandíbulas enormes y desmesuradamente abiertas, ofrecen un peligro terrible. Con ayuda de una especie de pequeña bomba impelente, se vierte en la garganta del reptil un chorro de un líquido, entre cuyos componentes se cuentan el éter y el cloroformo. Al cabo de unos instantes, cae inanimada la serpiente como

una masa inerte, y puede hacerse de ella lo que se quiera.

La multitud permanecía suspendida de la palabra del domador, mientras que lord Harrisson, sin prestar atención ninguna, pensaba por su parte en otra cosa.

Quería un formidable combate entre todos los animales de la colección de Estradère; estaba ansioso por asistir al entretenido espectáculo que darían el león, el tigre, el jaguar y las serpientes, luchando entre sí.

Al final de la representación, propuso á Placial cambiar las condiciones del tratado, ofreciéndole cincuenta mil francos si se encerraba con todas sus fieras en una misma jaula, después de haberlas castigado.

—¿Tenéis mucho empeño en ver devorar á un hombre, milord?—dijo Estradère, sonriendo.

—¡Oh! ¡á vos no os sucedería eso! ¡Je! ¡je! Al contrario: saldréis de la jaula sin ningún rasguño. ¡Y á fe que sería extraordinario!

—Pues bien, milord; ¿quién sabe? Ya veremos. Por lo pronto, os lo prometo para el día en que desee salir de este mundo de una manera original.

—Pues entonces, pongo en el acto á vuestra disposición las diez mil guineas, señor Estradère.

—Mil gracias (replicó Placial). Después de todo, alguien ha dicho: «¡Todo se cumple en esta vida!» Esta locura quizá se realice también.

—¡Á vuestras órdenes, ¡je! ¡je!; á vuestras órdenes!

Placial despreciaba en su interior á aquel hombre, cuyo ideal consistía en procurarse la siniestra voluptuosidad del peligro corrido por otro. ¡Placer

sangriento de magnate romano, ávido siempre de emociones fuertes!

Sin embargo, lord Harrisson tenía para Placial un mérito. Se le había presentado la vez primera con la señorita Eva Perkins, en quien el domador cifraba una vaga esperanza.

¡La señorita Eva! ¿Qué extraño azar había puesto en White-Chapel el nombre de la joven sobre los labios del inspector Gerrard? ¿Estaría escrito que aquella noble niña debía ligarse á él por algún lazo?

—He visto en su mirada (pensaba el domador) un destello de luz deslumbradora, á cuyo resplandor he podido leer en aquel pensamiento la nobleza de su alma. Pues bien: nunca he encontrado dos ojos más francos, más claros y profundos á la vez, que los ojos azules de esa joven. «Hay una buena acción que realizar, señorita (la diría, si mañana creyera que iba á morir). Existe una criatura abandonada, que necesita protección; haced por Genoveva lo que podáis; ¡socorredla, socorredla!»

Placial quiso, antes de hacer nuevas investigaciones, volver al *Scotland-Yard*, con el fin de dar las gracias al coronel Henderson y al superintendente Williamson. Como le estaba permitido entrar en las oficinas de la policía, le fué fácil llegar hasta el despacho del inspector Gerrard, alegrándose mucho de encontrarle conversando con el pequeño Paddy.

Paddy estaba muy pálido y un poco tembloroso, y daba vueltas entre sus dedos al casquete que de ordinario cubría su pelo rubio.

—Estoy trabajando en el asunto de vuestra niña, señor Estradère (dijo el Inspector al verle). Aquí

está Paddy, que viene á devolvernos la esmeralda que le vimos en un dedo la otra tarde.

El joven sonrió, mientras que con un vago instinto de espanto se preguntaba por qué aquel hombre, aquel francés, había ido á *Scotland-Yard*, y, lo que era peor, por qué volvía de nuevo en busca de las huellas de Genoveva.

—Después de todo (pensó), estoy ya prevenido.

Y mostró á Placial la sortija que tenía envuelta en un pedazo de un número del *Times*.

—La hubiera llevado en seguida adonde me dijisteis, señor Gerrard; pero olvidé las señas. ¡No tengo memoria! ¡Además, la otra tarde, todo aquello me trastornó la cabeza!...

—¿Qué es lo que te trastornó la cabeza?—preguntó el Inspector.

—Toma..., pues... vuestras preguntas..., vuestras palabras... En fin, ya no me acuerdo tampoco, —contestó Paddy, que creía se le interrogaba acerca de Patrick y de Genoveva.

—¿Vienes, pues, Paddy, á pedirme las señas de la señorita Eva Perkins?

—Sí, señor Gerrard.

—¡Me alegro! Te las voy á repetir: atiende bien, y espero que no las olvidarás. ¡Aún puede hacerse de tí un hombre honrado!

—¡Oh, sí, señor Gerrard!—dijo el niño, sacudiendo su pequeña cabeza, y mostrando una expresión de orgullo en sus azules ojos.

—Si quieres, Paddy, te acompañaré á casa de la señorita Perkins (dijo Placial Estradère). Deseo hablarla.

—Bueno (dijo Paddy), no estoy muy bien vestido, sobre todo para presentarse en casa de esos

señorones (y mostraba riendo sus harapos). Mi traje inspira poca confianza. Hubiera querido depositar aquí la sortija, y después irme.... ¿Para qué tenía que ver á la señorita Perkins?

—Para que ella te dé por sí misma las gracias. Eso te demostrará que el bueno en este mundo obtiene siempre recompensa.

Paddy se echó á reír.

—¿Por qué te ries, Paddy?

—Por nada, señor Gerrard; solamente que me recordáis el sermón de aquel señor de la otra tarde, que quería regalarme una porción de libritos.... No sé cómo se llama. Lo que sí sé es que parecía un tonto. Estoy conmovido por lo que me habéis dicho; casi me habéis hecho llorar, sobre todo cuando decíais que yo era un honrado muchacho. El buen señor del otro día me dirigió un sermón, del cual entendí bien poco, por lo que me fastidié escuchándole. Me río al acordarme de semejante mamarracho.

—El inspector Gerrard te quiere; eso ya lo sabes (replicó Placial). Y el modo de moralizar á las gentes es quererlas.

—Miss Eva (dijo el Inspector), ya te lo he dicho, vive en *Belgrave Square*, número 3. Vete, pues, y de seguro no tendrás que arrepentirte de no haber depositado la esmeralda aquí; tómala.

—Ahora aprovechemos el tiempo (dijo el Inspector volviéndose á Placial); no habéis visto el almacén en que depositamos los objetos cogidos á los ladrones, las ropas de las víctimas y los instrumentos de muerte empleados por los asesinos. Venid. El espectáculo es horrible, pero curioso. Ven tú también, Paddy. Esto te servirá de lección de moral;

y de seguro semejante espectáculo vale más que todos los tratados del señor Jedediah Pickford.

El señor Gerrard condujo al chico y al domador al piso bajo por una estrecha escalera que desemboca en un largo pasillo, que recorrieron hasta su mitad, penetrando después en una habitación que existía á la izquierda.

El Inspector fué abriendo ante ellos una porción de pequeñas cajas de hierro colocadas ordenadamente sobre mesas inmensas situadas á lo largo de las paredes, y les enseñó una deslumbrante colección de preciosas joyas, relojes, cadenas, sortijas, diademas, pendientes, brazaletes, etc.

Luego, dirigiéndose al centro de la estancia, les invitó á que se acercaran á una mesa grande, sobre la que se veían multitud de libros. El señor Gerrard tomó uno de ellos, y hojeándole, les fué enseñando en cada hoja una fotografía numerada. Aquel libro estaba constituido por una serie de retratos de los más famosos pillos de Londres, con el número de orden asignado al original.

—Según veis (dijo á Placial), en Inglaterra simplificamos bastante los procedimientos, viniendo á ser las oficinas de policía sucursales de una casa de banca, en la cual cada tunante tiene abierta su cuenta corriente. No necesitamos archivos con hacinamiento de legajos, para formar á cada individuo su historia criminal. Nos basta, por el contrario, con una simple hoja de papel para cada uno, su retrato pegado encima, y tres ó cuatro líneas con los datos y fechas más precisos. En esta pequeña pieza, grande á lo más como cualquier gabinete de lectura, encerramos los antecedentes de la gente peligrosa que constituye la lepra de Londres. No se

nos ha ocurrido cosa mejor. Si los bribones tratando de eludir la vigilancia mudan de aspecto, cortándose el pelo, afeitándose ó gastando barbas postizas, pelucas, antiparras, etc., se les echa en seguida el guante, y colocándoles delante del aparato, se les retrata de nuevo. Se coleccionan varias fotografías por individuo, y así se tiene á éste en sus distintas transformaciones. Un número de orden, correspondiente á una letra del alfabeto, nos guía á la página y columna del registro, que encierra indicios bastantes para lanzar nuestros sabuesos detrás de una pista segura.

El pequeño Paddy escuchaba al Inspector con la boca abierta, y en sus azules ojos se notaba lá admiración más profunda.

—Entonces (balbuceó trabajosamente), entonces...., si yo llegase á ser un bribón, señor Gerrard...., ¿tendría también mi retrato y número de orden en una de las hojas de ese libro?

—¡Ya lo creo, mi pobre Paddy! Estas colecciones son la historia del vicio y del crimen. Eso te probará que se saca más provecho obrando honradamente que siendo un tunante.

—¡Oh! Sí, sí; más vale, más vale, señor Gerrard. Pero, decidme (preguntó el niño): ¿tendréis también antecedentes de un tunante llamado Tom-Black?

—¿Tom-Black?—preguntó Estradère.

—Sí, es un antiguo cochero, que ha sido condenado por brutalidades varias veces. Es un famoso boxeador, lo cual le ha valido algunos castigos, pues ha tomado parte muchas veces en los *matches* ó luchas clandestinas. Sí, muchacho; también tenemos algo sobre tu Tom-Black.

Mientras que Placial pensaba que Katchar tenía siempre este nombre en los labios, el inspector Gerrard abrió un registro por la letra *B*, y después de volver dos ó tres hojas, detuvo el dedo, con el cual recorría las diferentes líneas, en una de ellas, que leyó en voz alta :

—Black (Thomas, William, llamado Tom), número 14,721.

Después, cerrando el registro, empezó á mirar los cantos de varios libros, buscando con la vista la indicada cifra.

—Veamos....: 12,000...., 13,000...., 14,000.... Del 14,500 al 15,000. Aquí está.

Y abrió el libro; volviendo rápidamente las hojas, cada página de las cuales contenía una fotografía de mujer ó de hombre, acusados de robos, incendios, asesinatos, de todo lo horrible y repugnante que encierra la humanidad.

Por fin leyó :

—14,721. Helo aquí.

Placial contempló la figura designada : era un antiguo retrato, ya amarillento y de tintas algo desvanecidas. Paddy se alzó de puntillas hasta llegar á la mesa sobre la cual estaba el libro, y en cuanto examinó el retrato, gritó con mezcla de espanto y asombro :

—¡Sí, sí; ese es; el mismo! ¡Ay! ¡Dios me guarde, señor Gerrard, de figurar nunca en vuestros libros como Tom!

Placial estudiaba en la fotografía los bestiales rasgos del semblante de Tom : cara abultada, aplastada nariz, hocico de dogo.

—¡Hay tigres (se decía) con menos cara de fiera que este hombre!

El Inspector leyó las condenas que había sufrido el *boxeador*. Todas ellas reconocían por motivo su brutalidad ó su cólera.

—¿Y este reincidente tiene abierta una taberna?

—¿Y por qué no? Paga su contribución, y no tiene deudas. Por supuesto, que la clientela no vale más que él.

Gerrard cerró el libro, lo puso en su lugar, y dijo :

—Ahora, vámonos.

É hizo subir á Placial y al niño una escalera de madera que conducía á la pieza de encima, que era una habitación bastante estrecha, pero vivamente iluminada, de cuyas paredes colgaban, como en la Morgue, ropas de hombre y de mujer, todas destrozadas, sucias y salpicadas de oscuras manchas.

Armas de todas clases y fábricas, pistolas, puñales, groseros cuchillos con toscos mangos de madera, machetes deteriorados, sierras desdentadas, hachas melladas, martillos, cinceles, pinzas enormes y trozos de llaves; todo, en una palabra, lo que puede servir para matar ó robar, se hallaba simétricamente colocado sobre mesas corridas á lo largo de las paredes.

En todas aquellas armas é instrumentos se observaban oscuras manchas, que aparecían igualmente sobre todos aquellos vestidos y guñapos de diferentes clases.

—¿Esto es sangre?—dijo Placial.

—Sí, sangre,—contestó fría mente el Inspector.

El pequeño Paddy temblaba.

—Sí (añadió el señor Gerrard). Este es el museo del crimen. Estos trajes son los que las víctimas ó los asesinos llevaban el día de la perpetración del

delito. Por ejemplo, este de clérigo es el del reverendo Watson; falta un pedazo de paño, que se ha dado á los químicos, los cuales, después de un análisis, descubrieron que estaba impregnado de sangre. El reverendo Watson envenenó á su mujer, y después, porque tardaba en morir, la hundi6 un puñal en el pecho. Con esta cuerda, Margarita Dixblanc estranguló y arrastró á la cueva á la señora Riel, su ama, que era francesa. Todavía quedan adheridos á ella algunos cabellos de la pobre señora. Margarita llevaba el día de la comisión del crimen el vestido rojo y el fichú blanco que veis aquí. Debéis haber oído hablar de este triste suceso en Francia, señor Estradère.

—No (dijo Placial, cuya frente estaba empañada por un sudor frío). No debía estar ya en Francia.

—¡Ah! De este asunto se encargó mi colega Druskowitz, un Inspector de los más hábiles, que encontró en París á Margarita Dixblanc, y la trajo á Londres. La figura en cera de Margarita la conserva en su casa la señora Tussand.

El domador experimentaba una inmensa angustia delante de aquellos siniestros objetos. Sentía un penetrante dolor de cabeza, y que su garganta era apretada por una mano invisible. Todo aquello representaba la sangre vertida á impulsos de feroces instintos. Cada instrumento revelaba un crimen. Y, por una especie de lúgubre fantasmagoría, parecíale á Placial que iba á encontrar allí, entre aquellos despojos de la muerte, el traje salpicado de oscuras manchas que llevaba el día en que había marcado la frente de Cecilia con la sangre de Francisco Lecourbe.

Estaba horriblemente pálido, y sobre su palidez

cadavérica se destacaba la cicatriz que había impreso en su mejilla la punta del cuchillo de su amigo.

Si el Inspector general hubiera prestado atención, hubiera oído murmurar por lo bajo á aquel hombre, como si hablara con una sombra:

—¡No volverás á matar!... ¡No volverás!... ¡Solo los criminales vierten la sangre del hombre!... ¡Ah! ¡reparar el pasado, borrarlo, olvidarlo! ¡Sea su hija ó la mía, debo labrarla una vida dichosa! ¡Expiar! ¡Expiar y olvidar!

Pero Gerrard no escuchaba, enseñando á Paddy, cuyo semblante estaba blanco como el lienzo, los instrumentos para el robo, inventados por los *burglers* (ladrones con fractura), tales como fragmentos de barras de hierro cortas y hechas para poderse ocultar bajo los vestidos de una mujer, y que, enchufadas unas á otras por medio de las roscas y tuercas en que terminaban por sus extremos, constituyan terribles é irresistibles palancas, martillos de mango corto, de hierro en el centro y plomo en la superficie, envueltos en cuero, y pudiendo, por tanto, aplastar ó herir sin ruido; al lado de estos martillos sordos, zapatillas en forma de saco de fieltro, en las cuales meten los zapatos para marchar sin meter ruido; barbas postizas, escalas de cuerda que plegadas no abultan más que un pañuelo de bolsillo, berbiquís de acero capaces de perforar todas las placas, todas las cajas.

—Puro acero inglés, vedlo..., miradlo bien... ¡Acero del más fino temple!—dijo complacientemente el Inspector, admirando á su país hasta en la habilidad de sus malhechores.

Después, y cuando todo lo hubo enseñado:

—Ya ves, mi pequeño Paddy (dijo), cómo el oficio de ladrón no es muy cómodo, y que si los instrumentos que emplean no dejan de ser ingeniosos, en cambio tienen que afrontar ciertos peligros al utilizarlos. Todo lo que ves aquí, son las armas de los malvados de Londres. Observa estas pequeñas etiquetas de pergamino, Paddy. Sobre cada una está escrito el nombre del que ha sido aprehendido con el útil ó arma sobre que se halla colocada, y el género de castigo á que ha sido condenado. Algunas encierran nombres de ajusticiados, no lo dudes, Paddy. La mayor parte han alcanzado este género de muerte, después de una vida azarosa, llena de trabajos, de privaciones, de noches agotadas en expediciones terribles, de peligros corridos, de angustias atroces; han arrostrado la nieve, la niebla y el frío, llevando en plena civilización la existencia de los indios bravos. Más fácil y provechoso les hubiera sido el ser obreros honrados y buenos padres. Podrían los domingos solazarse con su familia por los paseos de *Richmond* ó de *Regent's Park*. En vez de esto, prefirieron la existencia más laboriosa de todas, la del criminal. Tú eres un pobre muchacho, á quien vería con pena mezclado con tales malhechores. He querido presentarte al desnudo la existencia de esos miserables. Espero, por tanto, que no olvidarás el *Museo del crimen*, evitándome así el disgusto de leer tu nombre en una de esas pequeñas etiquetas. ¿Tenía razón en hacerte esperar, muchacho?

El pobre Paddy, cuyos ojos estaban nublados por las lágrimas, mordía una manga de su chaqueta para reprimir el llanto.

—¡Oh! Señor Gerrard, hacéis bien al pensar que

nunca.... ¡Oh, qué miedo! ¡Tantas pistolas, tantos cuchillos, tantas manchas de sangre! ¡No, no! Podéis estar seguro de que nunca veréis escrito mi nombre en ese libro. Os lo juro por la amistad que profeso á Patrick, por el recuerdo sagrado de mi madre. Seré un buen muchacho.

—Vuestra mano, Paddy,—dijo el Inspector.

Y tomó entre las suyas la pequeña mano del niño, dándole luego con los dedos dos cariñosos golpecitos en la mejilla, añadiendo:

—¡Bien, bien, Paddy!

Después, volviéndose hacia Placial:

—Este es el método que sigo. Cuando se me presenta ocasión de hacer ver á uno de esos vagos recogidos en las calles de Londres todos estos harapos, toda esta sangre, toda esta ignominia, que acusa los más brutales instintos, la aprovecho. Y creo firmemente que, exponiendo á la consideración del vagabundo estas repugnantes colecciones del crimen, se conseguiría detener á muchos antes de lanzarse por los senderos de la perdición.

El Inspector había pronunciado estas palabras con un acento de tan profunda convicción, sonriéndose á la par de una manera tan franca, que Placial no pudo contenerse, y le tendió la mano, diciendo:

—Sois un hombre de corazón, caballero.

—Cumpló con mi deber, y nada más,—contestó sencillamente el Inspector.

—¿Has entendido cuál es el camino que debe seguirse á través de las peripecias de la vida? (dijo entonces el domador, dirigiéndose á Paddy.) ¡Oh! ¡Esa sangre! ¡Toda esa sangre vertida! ¡Qué espanto! ¡Felices los que sólo cuentan buenas acciones